

Arquitectura de América entre Cáncer y Capricornio

Luis Borobio, arquitecto

El arquitecto español Luis Borobio es profesor de la Facultad de Arquitectura de Bogotá. Por sus viajes en toda la América del Sur ha podido lograr una visión de conjunto de la arquitectura actual en aquellos países, y este tema de tanto interés es lo que hoy se publica en nuestras páginas por cortesía de la revista "Binarío".

Al llegar a Colombia observé sus hombres y sus costumbres y contemplé la arquitectura que se estaba haciendo allí, con el deseo de captar las relaciones ocultas que, a pesar de íntimas e insolubles, existen siempre entre la sociedad y la construcción, entre los hombres y el Arte. Tengo que reconocer que a primera vista encontré factores paradójicos que no supe comprender. Me pareció encontrar un cierto divorcio entre la arquitectura y la manera de ser y de vivir. Los arquitectos se lanzaron a la búsqueda de nuevas formas no sedimentadas, importadas generalmente de otros países—con preferencia de los Estados Unidos—con tanta aceptación por parte del público como desprecio absoluto y apriorístico por todos los elementos que pareciesen tradicionales. Me imaginé que el modernismo arquitectónico no era una consecuencia lógica de la manera de vivir, sino, por el contrario, una fiebre contraída de una forma totalmente artificial.

Estoy hablando de la impresión subjetiva que recibí al llegar, por lo cual conviene igualmente decir que encontré un trato extraordinariamente ceremonioso entre la población, lleno de formas amigables y preestablecidas, retórico y enfático hasta en las conversaciones diarias y con bastante tendencia hacia las manifestaciones de oratoria. El más pequeño pretexto es suficiente para un solemne discurso, trascendental en la forma y cuya belleza es mucho más importante que el contenido. Estos discursos tienen un sabor, por lo que encierran de nostalgia y evocación, profundamente sentimental. Largas oraciones, palabras brillantes, latiguillos al estilo de Castelar, que saben arrebatarse los corazones sin tratar de convencer las inteligencias. Y, con el mismo espíritu de la oratoria, discurre en la vida política de conservadores y liberales, su vida profesional, juntas, comités, etc.

¿Cómo, pues, podían dos manifestaciones aparentemente opuestas y contradictorias ser la expresión de un mismo espíritu? ¿Hasta qué punto estaría equivocado en mi apreciación subjetiva? No es fácil responder en pocas palabras a estas preguntas.

Analícemos brevemente, en sus líneas generales, la razón de ser de la arquitectura americana tropical y tal vez lleguemos a alguna conclusión. En la zona comprendida entre las dos líneas tropicales, Cáncer y Capricornio, no existen propiamente estaciones. La temperatura se mantiene homogénea durante todo el año y apenas el tiempo de lluvia establece una cierta diferenciación de épocas.

Así, se llama verano a las temporadas más secas e invierno a las más lluviosas. Se da el caso curioso de que frecuentemente en ciertos lugares el invierno es más caliente que el verano. Cuando empieza a llover, los naturales comentan "llegó el invierno" y se ponen las gabardinas no para protegerse del frío, que no se hace sentir, sino para abrigarse de la lluvia. En la conversación usual se restringe aún más el sentido, llegando a llamarse verano aquel pequeño lapso en el que brilla el sol; el invierno ya no es sino la época de las lluvias, el momento en que llueve.

En Bogotá, ciudad en la que por su extensión es frecuente que llueva en un barrio mientras que el cielo está limpio en otros, cuando en un café del centro, batido por los rayos del sol, se toma la obligatoria taza de café, pueden oírse comentarios como éste: "Vengo ahora del barrio de Chapinero y había allí un invierno muy fuerte." El invierno se va mudando de un lugar a otro a la velocidad de las nubes.

Esta nomenclatura surge, lógicamente, del deseo de dar aplicación a las palabras verano e invierno, que tienen tanto valor para los hombres de los climas templados y que aquí, dada la homogeneidad de temperatura, pierden su verdadero sentido.

Entonces, en el Trópico, ¿no hay variaciones de temperatura? Sí y no. No existen en el tiempo, pero sí en el espacio. El calor del verano y el frío invernal no surgen con el transcurrir de los días, sino con el discurso de los kilómetros. Las zonas habitadas están casi siempre comprendidas entre cero y tres mil metros de altitud, y esa diferencia, con relación al nivel del mar, nos da una acentuada curva de temperaturas, aunque éstas sean homogéneas apenas en relación a determinado lugar. La altitud es el factor más importante de los que influyen en la temperatura. Las zonas situadas por bajo de unos dos mil metros tienen una temperatura media superior a unos 23° C. y se denominan "tierra caliente". Las zonas por encima de dos mil metros poseen una temperatura media inferior a 18° y se llaman "tierra fría". Las regiones comprendidas entre ambas constituyen aquellas a las que acostumbra a darse el nombre de "tierra media". Los números que presento no deben ser tomados sino como ejemplo. No poseen rigor matemático, visto que en la temperatura intervienen además, secundariamente, otros factores como son los vientos, la latitud, la humedad, la vegetación, etc.

Salvo raras excepciones, en las zonas habitadas de las par-

tes más frías se registra por término medio una temperatura no inferior a trece o catorce grados. Nunca nieva ni hiela. Un clima que en Europa se llamaría primaveral. Lugares de eterna, fresca y suave primavera; temperatura deliciosa para el recién llegado de cualquier otro clima.

Cuando salí de Madrid era invierno. ¡Hacia frío en Madrid! En el aeropuerto de Barajas los amigos que habían ido a despedirme (y yo también) llevaban abrigos y bufandas y nuestra respiración producía nubecitas de vapor: hacía mucho frío.

Una de las escalas del viaje era Barranquilla. ¡Y qué calor hacía en Barranquilla! El sol caía violento como una llama sobre nuestras cabezas. Toda la gente andaba en mangas de camisa, que, a pesar de ser leve, parecía un infierno. Teníanme dicho que Barranquilla era tierra caliente. Todas las células de mi cuerpo atestiguaban la justicia de esta afirmación. Por fin llegué a Bogotá. "Tierra fría", me afirmaron. En la red del avión conservaba todas las prendas de abrigo que abandonara al salir de Madrid y en las cuales volví a pensar cuando nos aproximábamos a la llamada tierra fría. Salí del avión. Me envolvía una temperatura primaveral. "Tierra fría", repetía para mí, sonriendo mental e irónicamente. Si supiesen la temperatura que había en Madrid hace veinticuatro horas... ¿Tierra fría con esta temperatura ideal? Claro, si la comparamos con Barranquilla. Y no sabía qué hacer con mi abrigo y mi bufanda.

Me dijeron que aquella temperatura se mantenía homogénea durante todo el año..., ¡siempre! Pensé que aquél era un clima ideal. La chaqueta no molestaba ni se sentía necesidad de ella. Y una agradable fresca primavera envolvía mi cuerpo como una bendición.

Pasaron días, meses. De hecho, la temperatura no variaba. Nunca se pasaba frío o calor, pero poco a poco la fresca primavera, repetida y constante, nos entraba en los huesos. Poco a poco el organismo se destemplaba, aborreciendo esa temperatura ideal, sintiendo necesidad imperiosa de calor.

Las casas de Bogotá, como las de Quito y Manizales, no estaban construidas para el frío. ¿Para qué instalar calefacciones si frío, verdaderamente frío, no hace nunca? Y las personas se van destemplando, pasan frío auténtico, sin decidirse a encender la calefacción y a crear un ambiente confortable. Y se justifica—no sólo por su valor relativo—la denominación de tierra fría para estas comarcas de temperatura primaveral. No encontraríamos solución para esta destemplanza esperando un verano que no llegará nunca más que tomando un automóvil para ir a buscar el verano por la geografía. En Europa se llama veranear a la tentativa de "escamotear el verano". Aquí el veraneo es una auténtica carrera en busca del calor.

Cuando a mi llegada a América conocí Barranquilla, el calor me pareció infernal. Es infernal la temperatura de la tierra caliente. Pero ahora comprendo que el cuerpo humano, adormecido por la serenidad de un clima que al principio es delicioso, siente la necesidad imperiosa de someterse a los rigores de ese infierno. Vemos así que los bogotanos aprovechan la primera ocasión que se les presenta (fines de semana y ferias) para ir a veranear (o "templarse") a una aldea o ciudad

de la "tierra caliente". Allí beben con avidez todo el ardiente rigor que la destemplanza de sus cuerpos invernados exige, y satisfechos se dejan aplastar por una atmósfera de fuego en la que todos los insectos les atacan. "Pasamos un fin de semana muy "sabroso", comentan. El clima es uno de los factores que más influyen en la arquitectura. Por eso, con plena consciencia, me detuve por algún tiempo a "hablar del tiempo". La tierra fría y la tierra caliente deben darnos dos tipos de arquitectura completamente distintos. La homogeneidad de la temperatura en cada punto hará que las exigencias arquitectónicas de ambos climas sean, a su vez, muy distintas de las regiones en las que las estaciones del año están perfectamente marcadas. En la zona tropical se practica una arquitectura para combatir el calor y el frío, pero un arquitecto nunca tendrá que luchar, simultáneamente, contra los calores del verano y el rigor del invierno, como ocurre en la llamada zona templada.

EL TRÓPICO Y LA ARQUITECTURA MEDIOCRE DEL CLIMA SUAVE

Las flores de invernadero crecen en unas condiciones teóricamente ideales, pero carecen del perfume y de la espontaneidad que tienen las que tienen que soportar todas las inclemencias del tiempo. En el trópico, la temperatura primaveral y deliciosa de la tierra fría o fogosa de la tierra caliente, son ideales para que todo crezca sin lucha y sin dolor. Las frutas son variadísimas, grandes y succulentas, pero insípidas. Los toros, bonitos, pero sin bravura. Las flores radiantes y bellas, pero sin aroma. Los países están embriagados de color que con todo es elemental sin el trabajo artesano del pintor que paciente-mente los elaboró en la paleta. La Naturaleza es brillante y lujuriente, pero carece de un otoño con toda su profundidad de matices. Todo es gigantesco, fuera de escala. Las selvas son enormes y enormes son sus árboles. Y los ríos. Y los montes. Y las planicies. No están hechas a la escala del hombre. Los pájaros, los insectos y las flores, inmensas orgías cromáticas, pero les falta un carácter íntimo y familiar. Fruto del trópico es también la elocuencia de sus oradores, el énfasis de sus políticos y el preciosismo de sus futbolistas. Es tropical la arquitectura colonial que se retuerce en cascadas de oro y la opulencia de los versos de Rubén Darío. Todo crece magnífica y esplendorosamente en el clima ubérrimo del Trópico. Con una grandiosa superficialidad, con una encantadora y opípara intrascendencia.

La profundidad requiere lucha y contradicción y la lucha no existe en estos climas de deliciosa homogeneidad. En el clima primaveral de la "tierra fría", todo se desenvuelve suavemente y sin esfuerzo, como las plantas en una estufa..., ¡plantas succulentas sin perfume!

Por ese motivo, vimos que el organismo humano tiene que procurar vehementemente, desde luego de forma artificial, esa contradicción de las temperaturas tórridas, evadiéndose así del peligro de crecer, como las plantas, sin aroma; como los frutos, sin sabor, y como los toros, sin bravura. O como esa arquitectura que en su afán de brillantismo es también frecuentemente insípida.

Las características del clima, siempre bueno, hacen que cual-

quier tipo de arquitectura se ajuste de modo satisfactorio sin defectos capitales. Esto permite una gran libertad al enunciar los problemas, pero también facilita el camino a soluciones anodinas (me refiero no a la arquitectura de la llamada "tierra fría", sino también a toda aquella otra de la "tierra caliente", en la cual, de una manera artificial, mediante aire acondicionado, se crea una temperatura ideal). Las arquitecturas norteamericanas, europeas y japonesas, que están proyectadas para resistir al invierno y al verano, funcionan bien (y hasta mejor) cuando se prescinde de las estaciones del año. Los nuevos materiales han dejado inoperantes muchas soluciones enraizadas en la tradición. No existe, pues, la necesidad imperiosa de crear una arquitectura propia con personalidad marcada y modernismo local. Si Mies van der Rohe, Neutra y Le Corbusier son grandes arquitectos y sus soluciones nos sirven, ¿por qué buscar otras diferentes? Como casi todos estos países tienen una cierta dependencia económica de los Estados Unidos, las influencias arquitectónicas son principalmente norteamericanas, o, si se prefiere, europeas a través de América del Norte. Esas relaciones son más o menos fuertes, según que las relaciones económicas son más o menos estrechas, y así, en Venezuela, encontramos un simple trasplante de la arquitectura "Yankee". En cuanto a Ecuador, por ejemplo, es apenas una simple interpretación. El fenómeno se debe no a una mayor originalidad, sino a una más deficiente información. El hecho de que las soluciones no sean originales impide que el brillantísimo y la grandilocuencia propios de estas latitudes cristalice en un deseo de tener una arquitectura propia. El estilo no puede surgir espontáneamente; es preciso crearlo, aunque sea artificialmente.

En general, el arte evoluciona según ciertas condiciones humanas, históricas y geográficas y a lo que nace así natural y espontáneamente se le da un nombre. Aquí, donde no existe esa creación y evolución previas, nace primero el nombre y después se le da el contenido. Los estilos que surgen de esta forma son un tanto ficticios y superficiales. El deseo de originalidad, por ser tan común, llega a atacarla en vez de permitir esa originalidad, y, aunque se hagan edificios singulares, magníficos, nuevos y lógicos existe una gran masa de arquitectura amorfa y sin personalidad que lucha no obstante por volverse personal e incluso deslumbrante. Las ciudades, al crecer, van extendiendo por su superficie barrios residenciales modernos cuyas casas nacen como para justificar las calles previamente trazadas, en vez de ser las calles las que surgen para servir a las casas. Estas casas, alineando sus fachadas con rigidez de formación militar, se vuelven hacia la fila de fachadas igualmente impersonales del paseo de enfrente.

En un pequeño terreno igual a cientos de otros, el edificio se yergue con el deseo de evadirse del anonimato a que le condenó la urbanización. Hay que llamar la atención con una fachada nueva y distinta; ahora que eso sí, siguiendo unas líneas que se convenció en llamar modernas y que son las mismas que se hacen actualmente en todas las partes del mundo. Como todos los edificios crecen con el deseo de gritar más que los vecinos, el resultado es una gritería homogénea que

no les permite salir del anonimato y del impersonalismo. Es difícil hacer comprender que un minuto de silencio pueda ser en un medio ruidoso más atrayente que un toque de trompeta. Cada trozo de cada fachada está revestido de un material distinto, definitivamente original, y viene a ser común el distribuir los elementos arquitectónicos de la manera más desusada.

En la cátedra de Proyectos de la Facultad de Arquitectura de Bogotá sucede con frecuencia que un alumno me presenta una fachada con gran variedad de materiales aparentes. Y yo pregunto: Si este trozo de pared tiene la misma misión que éste, ¿por qué tratarlo de manera diferente? ¿No le parece que esta fachada parece un muestrario de materiales de construcción? ¿Por qué se ha de hacer esta ventana de manera diferente de la otra? Me contestaban con frecuencia también que era para romper la monotonía. No comprendo—y ya lo afirmé varias veces—que una fachada de 10 ó 15 metros como máximo pueda tener suficiente espacio para ser monótona. Y aunque tuviera muchos kilómetros la manera de hacerla amena no podrá ser nunca hacerla desordenadamente variada. La gritería de una multitud de voces compuesta de mil sonidos diferentes es mucho más monótona (en el sentido que se da a la palabra "monotonía" como sinónimo de "abhorrecimiento") que una melodía de violín en la cual en tiempos iguales se van ordenando sonidos análogos.

Al ser preguntado en una clase teórica, un alumno me dijo que la característica más importante de la arquitectura moderna era la simplicidad. Le respondí que sí, que podía e incluso debía ser. Efectivamente diferentes, las escuelas arquitectónicas modernas, nacieron procurando la simplicidad y la buena arquitectura moderna de aquí y de todas partes posee una gran simplicidad. Claridad de planta, asepsia decorativa, cohesión de volúmenes, sinceridad en los materiales, honestidad en la construcción... Todo eso es cierto; pero la repetición atropellada de unas formas que nacieron buscando estos ideales desvirtúan el sentido primitivo, y produce una "masa" arquitectónica "municipal" y "espesa" que nada tiene que ver con tal simplicidad.

"Recorran, señores, con un poco de imaginación—decía yo a mis alumnos—cualquiera de esos barrios de Bogotá iguales a los modernos barrios hospitalarios e híbridos que existen en cualquier ciudad. No es preciso ver todo el barrio; basta con escoger una casa cualquiera. Vemos un muro que sin que nadie sepa por qué avanza perpendicularmente a la fachada sin ser un contrafuerte ni una protección.

Es apenas un elemento decorativo mucho más ficticio que un capitel corintio. ¿De qué está construido ese muro? No se sabe: uno de los paramentos está revestido de cemento, imitando lajas de piedra. El otro tiene un revestimiento de mosaico y gres. Observemos la parte frontal del muro para ver cuál es el material de sustentación. Ahí hay de hecho ladrillos, pero no sabemos si es el material que buscábamos o se trata de plaquetas decorativas. Una disección parecida a la que efectuaríamos en ese muro sería posible con cualquier elemento de las fachadas. De cualquier fachada. Y no sólo de las fachadas...

En toda la historia de la construcción, ¿existió alguna vez una arquitectura tan complicada como la de hoy? Y, lo que es peor, ¿hubo alguna época en la que se haya defendido la simplicidad de la arquitectura tanto como ahora?

Los egipcios, puede objetar alguien, con su *horror vacui* no dejaron un solo centímetro cuadrado de sus paredes sin decoración. Así era. Pero analicemos las construcciones de los egipcios; el muro de piedra continúa siendo muro de piedra, y los bajorrelieves sirven para demostrar su calidad y fortaleza. La decoración es de una profusión única, pero no desvirtúa en absoluto la gran simplicidad estructural. Tampoco en el barroco se verifica esa caótica complicación de la arquitectura de hoy. En el barroco la melodía permanece simple, aunque la orquestación de molduras y arabescos sea complicada. La riqueza ornamental sirve para concentrar la atención sobre los puntos principales. En unos y en otros—barrocos y egipcios—la decoración está en función del ambiente y de la estructura; pero no a la inversa, como ocurre frecuentemente en la actualidad.

LA MEJOR ARQUITECTURA DE CLIMA SUAVE

La mala arquitectura es la más corriente en todas las partes del mundo, pero casi nunca es costumbre hablar de ella. Las revistas de Arquitectura publican las excepciones susceptibles de ser tomadas como ejemplos; pero nunca, como es lógico, se detienen a considerar esa masa de edificios que, a pesar de su anonimato, acaban por constituir el nivel arquitectónico de un país. Hablo de la arquitectura media de esos países, y no quiero que se forme una idea pobre, que no sería real, en relación a otras, ya que sería posible decir cosas análogas de los países que se consideran a la cabeza. ¿No son lamentables y sin sentido la mayor parte de las construcciones que se hacen en E.U.A., en España o en Italia? Y sin duda se realizan ya en estos países obras que sirven de ejemplo al mundo y poseen valor internacionalmente reconocido.

Es verdad que falta una cierta madurez arquitectónica para dar una personalidad regional o nacional definida, pero no lo es menos que se llega también a resultados de gran valor. La enseñanza de la Arquitectura está orientada por muy buenos rumbos, y los primeros arquitectos, que constituyen precisamente los que construyen la selecta minoría de los edificios más representativos, dan a las tendencias modernas su verdadero sentido. En esta buena arquitectura de clima suave la influencia que más se deja sentir es tal vez la de Mies van der Rohe, con su gran preocupación por la limpidez estructural, siendo la claridad de las plantas la virtud más sobresaliente y en la cual se insiste más en los estudios arquitectónicos.

El sistema constructivo más frecuente en los grandes edificios de esta tendencia es el de estructura de hormigón perfectamente modulada, abierta en sus fachadas mayores; los lados de tipo cerrado. Generalmente los pisos en ménsula de la estructura vertical, lo que acostumbra dar a las fachadas un marcado ritmo horizontal. Con frecuencia, debido al régimen de dictaduras políticas que se han mantenido en muchos de estos países, estos edificios tienen una cierta gran-

diluencia de ejes y volúmenes, como acontece acentuadamente en los bloques de la avenida Bolívar de Caracas o en el Centro Administrativo Oficial de Bogotá, por ejemplo. En cuanto al interior de estos edificios—más principalmente en las viviendas—los ambientes, conseguidos por la intercomunicación de espacios más que por el aislamiento de recintos. Los ambientes así logrados adquieren gran interés que está, como veremos más adelante, perfectamente justificado y hasta exigido en la arquitectura de clima tórrido, pero que en tierra fría me parece responder más al buen gusto de los arquitectos matizados por influencias extranjeras que a las necesidades psicológicas de los hombres de las serranías andinas, que son mucho más cerrados y poco expansivos (téngase en cuenta que, con frecuencia, los arquitectos que trabajan para la tierra fría son los mismos que proyectan para la tierra caliente).

LA LUCHA ARQUITECTÓNICA CONTRA EL CALOR

Hay, en general, dos métodos opuestos de luchar contra el calor: abrir o cerrar. Quiero decir, en otras palabras, impedir que el calor entre u obligarlo a salir. Según las condiciones del lugar y la psicología de los hombres se adopta una u otra forma. Los pueblos ensimismados o simples de vida casera adoptan la posición de encerrarse, impidiendo que entre el calor. Así, por ejemplo, los árabes, que se protegen el cuerpo con mantas grandes y holgadas y se abrigan la cabeza con coloreados turbantes, producen una arquitectura del tipo de su vestuario, con la misma técnica de aislamiento del exterior. Paredes altas, con pocas aberturas hacia afuera. Todo se orienta para adentro, a un patio sombrío con rumor de agua que da a la vivienda fresca de bodega o de casa de tabernilla. En los lugares en los que las estaciones del año—verano e invierno—están perfectamente determinadas, el sistema de aislamiento es ideal, porque tanto protege contra el frío como contra el calor. Este es el caso de toda la arquitectura popular española.

Pero el caso del trópico americano es completamente diferente; donde hace calor, siempre hace calor, y la arquitectura nunca tiene que pensar en defendernos del frío. La manera de ser de los "calentanos" (nombre dado a los habitantes de la zona costera y de las planicies) nada tiene que ver con la de los árabes. Lo mismo se puede decir de los de la Habana, Barranquilla, Guayaquil o Río de Janeiro, que son extrovertidos, abiertos, alegres y bulliciosos. En su vestuario la lucha contra el calor no está nunca en el aislamiento, sino en la simplificación. Los torsos relucientes, desnudos, mantienen la piel al sol y al aire. Unas prendas blancas cubren un mínimo necesario del cuerpo. Y, en todo caso, un leve sombrero de paja protege la cabeza del rigor solar. Imaginarnos a un hombre del Caribe vestido de árabe nos parece tan absurdo como pensar en un moro en traje de baño. Sin duda ambos, tal como son, están en lo cierto. La habitación de estos hombres debe ser y es abierta como su carácter, y leve como su indumentaria. (El sentido del pudor, la libertad de costumbres y la vida familiar poseen una estrecha relación con la arquitectura, pero eso es tema para otro artículo.)

Surge así la más característica arquitectura moderna americana. La arquitectura de la tierra caliente, la Tropical por excelencia, la que tiene indudablemente una personalidad más aguzada. Diseños simples, plantas elementales y claras de una gran libertad que combinan con la Naturaleza. Aberturas máximas, con celosías. Cooperación con las brisas para producir ventilaciones transversales. Luz y sombra. Transparencias vegetales, y envolviendo todo esto se hace sentir la opulencia del Trópico con la alegría de las formas escultóricas caprichosas (casi siempre ilógicas), colores vivos y radiantes.

Se acusa a esta arquitectura de no tener contenido humano, pero es porque no se estudia previamente a los hombres que la practican y a los hombres para los que está destinada. ¿Por qué hemos de medir el contenido humano según nuestra propia medida? Se dice que es superficial e intrascendente. Tal vez tengan razón. ¿No estará, sin embargo, en esa intrascendencia el más profundo de sus encantos?

Los términos "humano", "superficial", "profundo", "trascendente" e "intrascendente" son vagos e indefinidos cuando se aplican a la arquitectura. Existe, en su aplicación, un factor subjetivo considerable, y, aunque se sientan y se palpen, se podrá hablar de ellos como consecuencia de unos rigores perfectamente determinados, pero nunca se podrán esgrimir apriorísticamente como la fuerza de una argumentación.

Es cierto que, como en todas las escalas arquitectónicas del mundo, existen en esta arquitectura tropical construcciones buenas y construcciones malas. Es verdad también que la mediocridad es siempre más abundante que la calidad. Pero así como en la arquitectura de clima suave lo más característico es la mediocridad en medio de la cual surgen magníficas obras, en esta arquitectura tórrida las obras de calidad y con personalidad son las que marcan el nombre, y a remolque de ellas marcha la ingente masa anodina de arquitectura mediocre. Pero la arquitectura mediocre tiene las mismas características que la buena, desde luego desvirtuadas por falta de criterio, pero análogas a las que señalábamos en la arquitectura de clima suave. Elementos constructivos que pasan a ser ornamentales, profusión en el número de materiales y empleo inadecuado de los mismos, horror desmedido a la monotonía y adaptación de formas que nacieron para cumplir una función y que acabaron por ser un mero capricho.

Vamos, pues, a hablar de las características más aparentes, aquellas que dan personalidad exterior a la mejor arquitectura tropical que señala el tono de las demás. Generalmente, con pequeño número de excepciones no existen grandes proyectos arquitectónicos que disciplinen y simplifiquen la forma plástica, y así, en cada obra, el capricho acaba por cristalizar en formas individuales. Por otra parte, la tradición es muy escasa, porque existen en su ámbito pocas obras que imprimen carácter, y, ya lo he dicho, la arquitectura indígena es perfectamente anacrónica con respecto a la vida actual y la colonial es frecuentemente inadecuada al clima y a la geografía. Como, por añadidura, los nuevos materiales sugieren la creación de nuevas

formas es lógico que la fantasía tenga ancho campo. El hormigón armado sustituye a los muros resistentes por una simple retícula. Los muros sólo sirven para separar, para cerrar, para interceptar la vista, la iluminación, la entrada, el viento, el ruido, el calor, los insectos, la lluvia, etc.; pero podemos prescindir por completo de su resistencia de apoyo. Como generalmente no necesitamos interceptar todos los factores indicados, sino apenas algunos de ellos, diferentes para cada caso, nos conviene dejar libres todos los restantes. Esto da a las divisorias una extraordinaria variedad, ya que es posible que sean transparentes, traslúcidas u opacas, fijas o móviles, altas o bajas, huecas o macizas, homogéneas o, como sucede con frecuencia, variando la calidad según la función para la que sirve cada punto concreto de la divisoria.

De todas estas divisorias, las que imprimen un carácter más individual a la arquitectura tropical son las persianas; las celosías, parasoles, es decir, aquellas que tienden a dejar más o menos libre el soplo de las brisas. Pueden ser de hormigón, cerámica, madera, materiales plásticos, productos celulósicos, tubo, tela metálica, tejido de fibras vegetales, vegetación, etc. La gran variedad de estos elementos constituye una tentación constante para el arquitecto, deseoso de imprimir una mayor novedad a sus construcciones.

Las transparencias y los huecos son factores de mucha importancia en la concesión de personalidad en los ambientes interiores que se caracterizan por un caldeamiento de atmósferas. Los recintos interiores se van delimitando por juegos de volúmenes más que por divisiones drásticas. La relación de los espacios y el aprovechamiento de la vegetación como elementos arquitectónicos dan el máximo interés a los ambientes.

ARQUITECTURA DE BRASIL

No me quedaría tranquilo si hubiese hablado de la arquitectura del Trópico americano sin citar de una manera especial —la pongo como epígrafe aparte— a la arquitectura brasileña. El prestigio de que hoy goza en el mundo; las discusiones que suscitó y las influencias que origina serían, aunque no hubiese otros, motivos suficientes para destacar su importancia. Es verdad que de todo lo que decimos de la arquitectura de la "tierra caliente" podemos citar a Brasil como ejemplo, y también es verdad que todo lo que diremos de Brasil podemos aplicarlo casi sin restricción a la arquitectura de la "tierra caliente" de todos los países americanos; porque el Brasil está en su origen. Allí surgieron las nuevas formas de la arquitectura tropical y allí adquirieron su mayor desarrollo. Vimos cómo esas formas, voluptuosamente escultóricas ("coleoarquitectónicas", como las llamó agudamente cierto crítico español), de las caprichosas protecciones que constituyen lo que hay de más característico en la arquitectura brasileña responden claramente a la manera de ser de ciertos hombres y a las exigencias de un clima: son el producto de todo un ambiente humano y geográfico. Se dice que es inhumana o deshumanizada porque no tiene, no puede tener, en esa adusta perennidad de los robles castellanos, que, cuando se secan, continúan siendo árboles tan

dignos como cuando eran jóvenes y floridos. Esta arquitectura suculenta pasará de moda. Morirá; al morir no quedará intacta y seca; se pudrirá como se pudren los árboles de las selvas tropicales; tal vez esa misma podredumbre de la selva vivifique la nueva vegetación que crece siempre esplendorosa alzando una juventud pujante sobre su propio cadáver. ¿No es éste un círculo más para unir la arquitectura con la geografía? ¿No será también un presagio sobre el futuro de la arquitectura tropical?

Pero además hay otras exigencias más directas, más palpables, en la razón de ser de esta arquitectura brasileña: son las que convierten en expresión toda una estructura social y económica.

Las clases dirigentes están poco interesadas en los problemas de la economía arquitectónica. Poseen dinero en abundancia que no les interesa economizar. Por el contrario en sus actividades la ostentación es un móvil capital. Y así, en la arquitectura, la riqueza se rodea de lujo y opulencia. Los temas arquitectónicos se basan en la vanidad y en el oportunismo que va acariciando formas originales y llamativas. No existen planes de carácter nacional, ni construcciones en masa. El más pequeño desenvolvimiento de la industria dificulta la estandarización de soluciones y el empleo de elementos prefabricados. Pero da lugar a que se desenvuelva esa construcción caprichosa e individual con los proyectos más espectaculares que conducen a los gastos más dispendiosos.

Dentro de este ambiente restringido se desarrolla toda la arquitectura que se limita a construir para el Gobierno. Casas burguesas; establecimientos de lujo y algunos conjuntos residenciales y edificios de arrendamiento; obras que, en contraposición con los míseros tugurios en los que habita la inmensa mayoría de la población, reflejan perfectamente el desequilibrio social del país, que, desde luego, está para mejorar bastante desde el punto de vista social.

Es lógico que los arquitectos trillen ese camino, que tiene, junto con las ventajas de la prodigalidad económica, la libertad y el estímulo de la imaginación. Así, el más famoso de todos ellos, Oscar Niemeyer, puede afirmar: "Lo que para unos es falso y accesorio, para nosotros es imposición del medio. Por ese motivo nos resistimos a recurrir a una arquitectura más rígida y fría—de tendencia europea—de la misma manera que nos negamos a una arquitectura social dentro del ambiente en que vivimos. Con esto conseguiríamos apenas empobrecer a nuestra arquitectura quitándole lo que encierra de nuevo y creador para presentarla de forma engañosa, artificial y demagógica. Preferimos mantener las características naturales y espontáneas, que permitirán especular inteligentemente con los sistemas constructivos en uso, garantizándole un aspecto propio y definido, responsable exclusivamente del prestigio de que disfruta en el mundo contemporáneo la arquitectura brasileña."

Es natural y comprensible que al extenderse esta arquitectura revolucionaria por el país y por todos los países del Trópico americano no pueda mantenerse el mismo nivel técnico, y asimismo aquello que nació revolucionario alzando sus banderas

contra la arquitectura académica tiende a convertirse en un nuevo y mediocre academicismo.

La enorme masa de construcciones no puede mantener el mismo nivel arquitectónico si consideramos que todos—competentes o no—quieren imitar las obras buenas y participar del éxito que alcanzaron por su sentido nuevo y creador. De este modo se concibe que ciertas formas audaces y magníficas, alteradas en escala y proporción, se desvirtúan lamentablemente; y otros proyectos destinados a espacios abiertos y amplios, al ser cambiados para locales estrechos entre edificaciones se transforman en edificios horribles por el desequilibrio y confusión que reportan al conjunto urbano. Una arquitectura cuya principal virtud es la suculencia y el vicio no puede imitarse y mucho menos transplantarse.

LA CLASE MEDIA Y LA ARQUITECTURA QUE NO EXISTE

Esta diferencia de calidad arquitectónica dentro de los mismos moldes es también consecuencia y expresión del desequilibrio social. Una arquitectura que no nació para satisfacer la vanidad de los ricos con sistemas constructivos y materiales que no atienden a gastos, al ser interpretada por una clase social inmediatamente inferior, que trata de imitar la vanidad de los ricos y que tiene deseo de riqueza, pero carece del necesario capital, da invariablemente unas formas fofas con acabamiento pobre. El snobismo de las clases poderosas, amparado por una riqueza real, produce una arquitectura buena. Cuando se le retira la riqueza, el snobismo se transforma en "pirismo"; y es triste querer y no poder.

En estos países no existe esa clase media perfectamente estructurada que en ciertos puntos es el sustentáculo de la sociedad. Hay aquí, fundamentalmente, una selecta minoría de la clase alta y una mísera mayoría de la clase baja; entre ambas existe una masa amorfa que quiere ser como la clase alta y la imita; pero que no tiene la sólida base económica que aquí es el fundamento de la aristocracia. Una clase media-estructurada y con personalidad definida, exigiría una arquitectura que no existe. La sociedad siente necesidad de esa clase media y la arquitectura precisa también de las construcciones correspondientes al referido estrato social a una clase sólida—establecida no podría procurar sistemas constructivos fuera de sus posibilidades. Exigiría soluciones más realistas y equilibradas, con un aprovechamiento lógico de los materiales locales que podría crear una escala arquitectónica.

Porque la arquitectura moderna tropical, al procurar materiales nuevos y caros, desprecia tristemente muchos de aquellos que la Naturaleza le brinda pródigamente. Unas veces no los utiliza por considerarlos plebeyos. Otras los utiliza sin preocuparse de encontrar en ellos posibilidades inéditas.

El bambú americano fué el elemento fundamental de casi toda la arquitectura popular (verbigracia; en Manizales, ciudad que levanta graciosamente sus casas sobre estacadas de bambú); pero la arquitectura moderna no se preocupa en utilizarlo y lo desconoce completamente y lo mismo podríamos decir de los terrazos; divisiones de "bahareque"; esteras y tejados de pal-

ma. Y de la madera... La madera sí se utiliza; pero su empleo en la construcción casi se restringe a los encofrados de hormigón armado: es un material secundario. Y sin duda es impresionante la cantidad de maderas existentes en estos países: áreas inmensas, como naciones enteras cubiertas de selvas. Selvas intransitablemente compactas donde árboles gigantes crecen y se sobrepasan desesperadamente para conseguir una pequeña ración de sol. Maderas preciosas de variedades inexploradas y de todas las calidades se pudren—en cantidades astronómicas—sofocadas por la vitalidad de la selva.

¿Por qué no se emplea la madera de una forma exhaustiva en la construcción? La contestación es increíble, pero cierta: "La madera se utiliza poco porque es más cara aquí que en Europa y se pudre y deforma con más facilidad." Alguien me podría decir: "Si la madera es más cara y da peor resultado es lógico que esa presumible clase media americana no la emplee; porque, aunque sea muy abundante, no reúne condiciones de material útil." Mi respuesta a primera vista parece no tener sentido: "Si la clase media no utiliza la madera es porque la clase media no existe." Quiero explicarme mejor. Si existiese una clase media perfectamente estructurada con un orden y un equilibrio, el gobierno y las reparticiones tendrían funcionarios competentes y estables; los operarios serían eficientes y responsables, y, por tanto, los árboles serían cortados sistemáticamente a su debido tiempo, los transportes más fáciles y organizados, los troncos serían regularmente preparados, dándoles tiempo para secar y el tratamiento químico adecuado, y la madera americana sería muchísimo más barata y de calidad muy superior a la de cualquier otra parte del mundo. Si existiese una clase media, utilizaría la madera de forma exhaustiva, porque la madera pasaría a ser el material lógico y accesible, económico y lleno de posibilidades de las que la clase media necesita.

El ladrillo es un material relativamente barato y éste sí es empleado; sin duda que su uso se restringe a tabiquería, revestimientos y algunas veces a muros resistentes. Pero están totalmente inéditas sus posibilidades en arcos y bóvedas por falta de capacidad de los operarios. El hormigón armado, por su

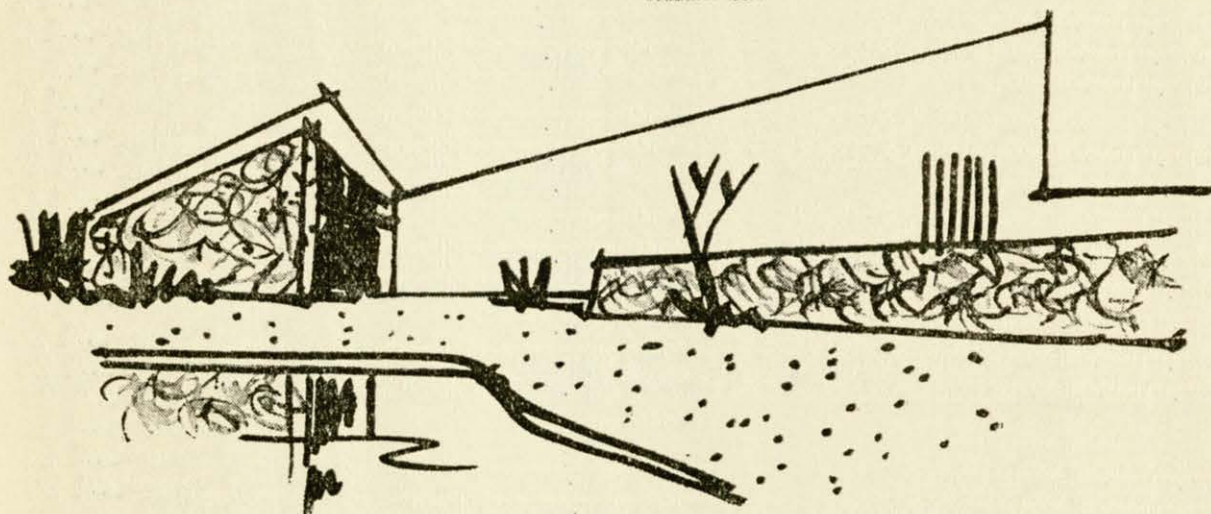
mayor modernidad, es el único material empleado en bóvedas, arcos, forjados y escaleras, con el consiguiente encarecimiento de la construcción. Y la piedra es un material de lujo, pero ¿por qué? El buen aprovechamiento de todos estos materiales daría lugar a formas diferentes de las actuales y se construiría una arquitectura que parecería más lógica y más adecuada a la geografía. Esta arquitectura, desde luego, no existe y no puede existir porque no sería el reflejo de las actuales circunstancias humanas, que, en definitiva, son también circunstancias geográficas.

El tipo de arquitectura surge siempre con exactitud matemática, como tiene que surgir; es función de muchas y diversas variables (clima, topografía, vegetación, paisaje, hombre, sociedad, historia, régimen político, economía). Y ninguna, además, es variable, independiente; todas están relacionadas entre sí y dependen, a su vez, de la arquitectura, que influye en el hombre, en sus costumbres, en el paisaje...; porque incluso la personalidad de la arquitectura está condicionada por todas estas circunstancias y se forma en el ambiente que todas ellas constituyen.

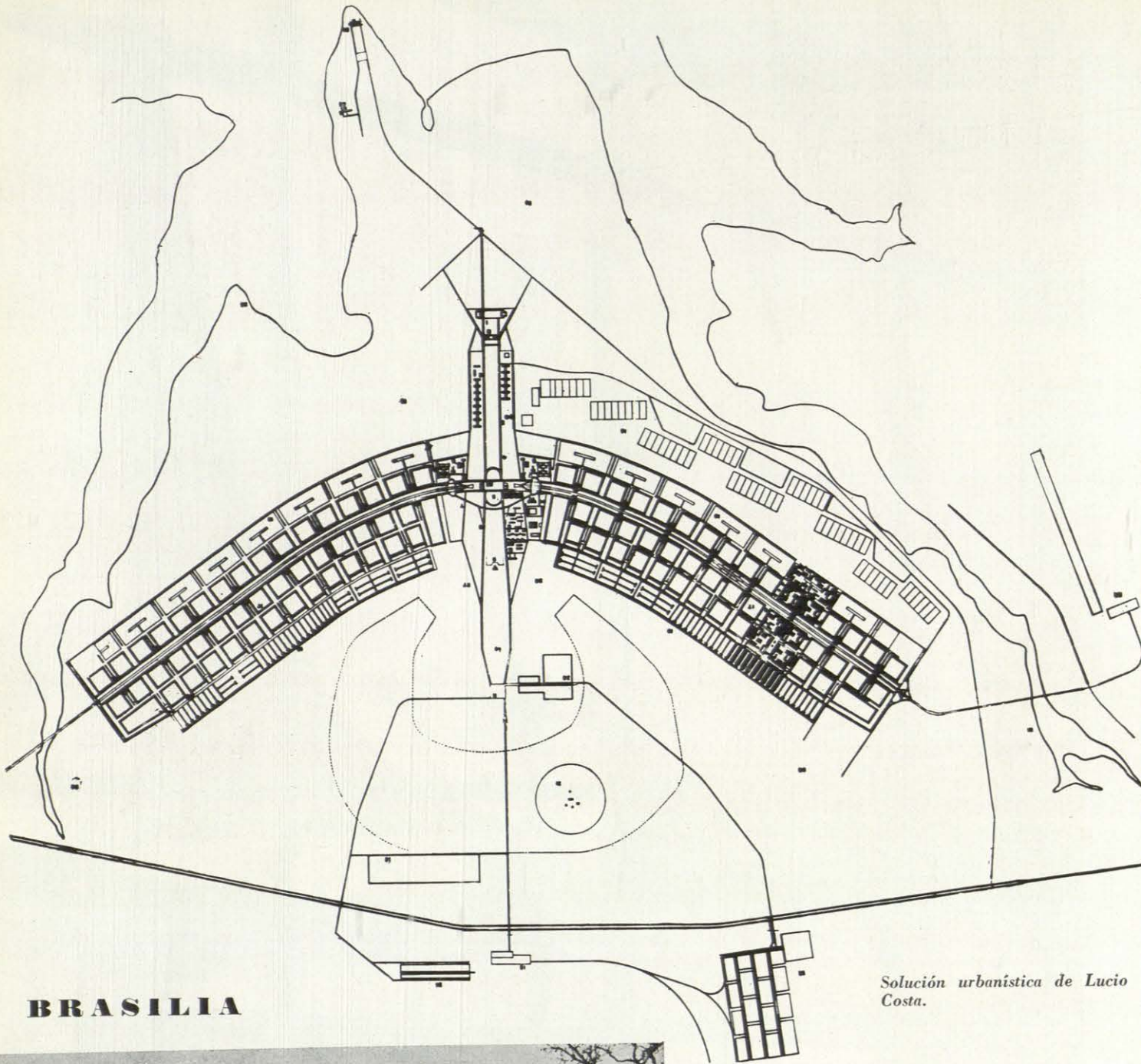
La arquitectura que se desenvuelve en los trópicos con sus virtudes y sus defectos es exactamente la que tiene que hacerse. Es la única solución de una complicada ecuación en la que ella misma interviene como variable.

EL VIGOR DE UNA JUVENTUD

La arquitectura que nos ocupa tiene fallos como los tiene la de todos los países y todas las latitudes. Son los fallos correspondientes a los que existen en todas las sociedades del mundo. Anotarlos es necesario para corregirlos. Todos los defectos que señalamos en esta arquitectura pueden resumirse como falta de base y de aplomo. La ausencia innegable de sedimentación que los años y los siglos traen consigo se une a algo mucho más positivo y mucho más creador que la madurez: el vigor de una juventud. Son países, es verdad, que se están formando, pero que crecen con una fuerza avasalladora y sus propios defectos representan una promesa para la Historia. De ahí que haya podido surgir una arquitectura que a pesar de incipiente y por decantar se colocó en la vanguardia arquitectónica del mundo.





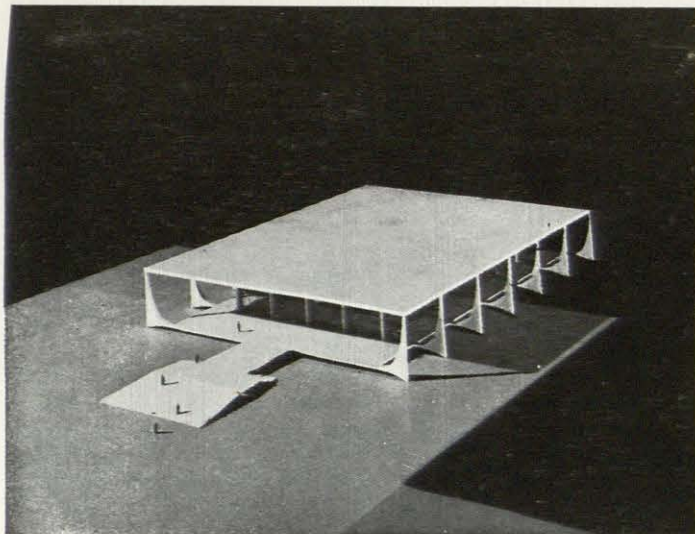


BRASILIA

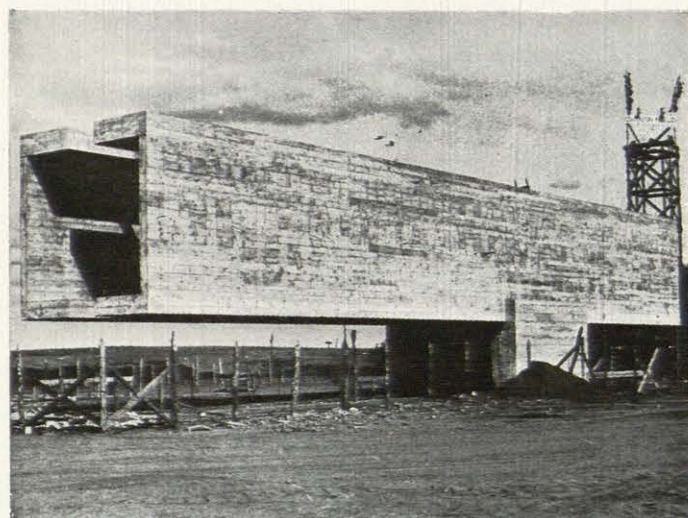
Solución urbanística de Lucio Costa.



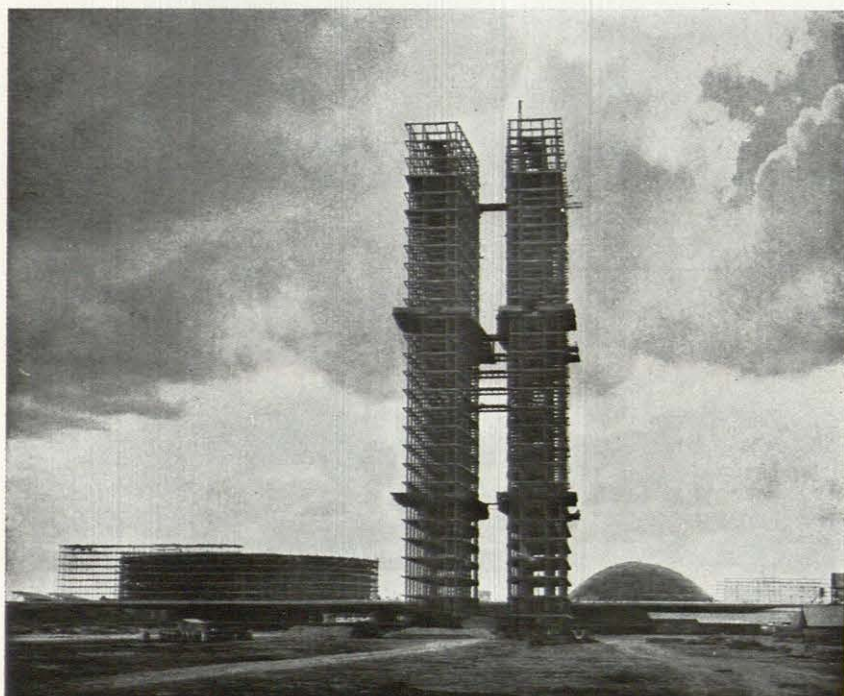
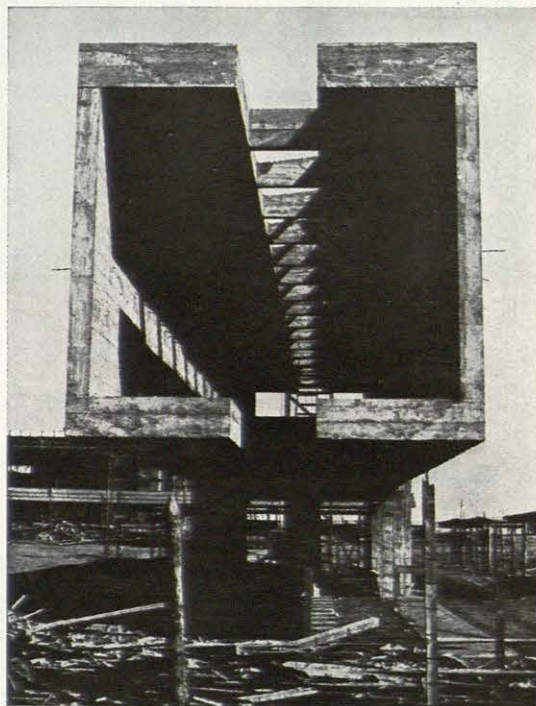
Viviendas para los obreros.



*Arquitecto Niemeyer.
Palacio de Justicia.*



Museo Conmemorativo.



*Palacio del Congreso Nacional en la
plaza de los Tres Poderes.*



Palacio de la Alborada, fachada y segundo "hall", residencia del Presidente de la República.

Disposición urbanística de Bancos y edificios de oficinas.

